

Monseñor Romero en el arte universal

El periódico salvadoreño *El Mundo*, en su "Taller de Letras" que dirige Matilde Elena López, publicó, como un homenaje literario a Monseñor Romero en el noveno aniversario de su asesinato, un conjunto de poemas sobre el pastor martirizado. (Cfr. *El Mundo*, San Salvador, El Salvador, 1 de abril de 1989).

Se daba cuenta allí, con las categorías del lenguaje poético, de la estatura paulatinamente asumida por quien, en uno de los momentos álgidos de la historia salvadoreña, fue "verbo y conciencia;" "angel, Cristo y profeta;" insomnio de los que todo poseen, eco de quienes van por la vida sin voz y con pocas esperanzas.

Las formulaciones esa vez publicadas, constituyen una muestra de cómo la figura de Monseñor inspira el trabajo de los poetas salvadoreños. Una investigación minuciosa podría mostrar que también hay otras áreas, en diversas latitudes, sostenidas por el pastor como horizonte inspirativo: las biografías de James Brockman, norteamericano, y de Jesús Delgado, salvadoreño; las obras teatrales de Samuel Rovinsky, costarricense, y de Jean Pierre Nortel, francés; la poética de Pedro Casaldáliga, brasileño; la pintura de J. Michael Walter-Carrasco, norteamericano; de Fernando Llort y de Benjamín Cañas, salvadoreños; la reflexión teológica de Jon Sobrino, también salvadoreño. Eso sin contar los poemas, las canciones

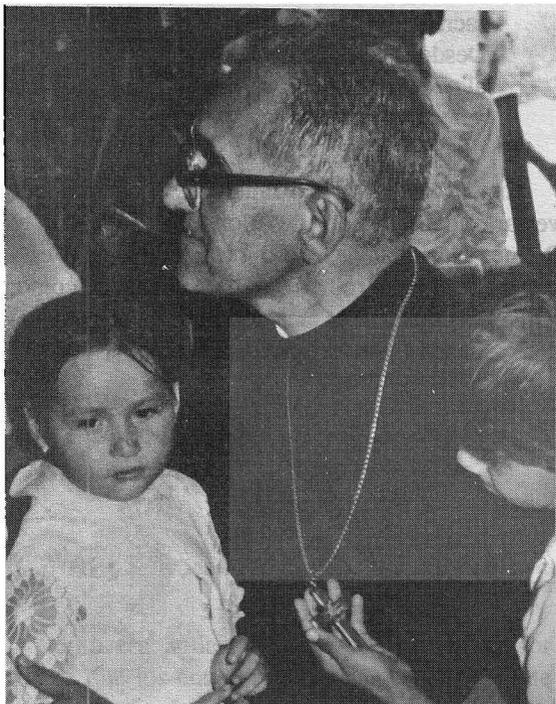
y los ex-votos del arte popular; sin contar los filmes ya hechos o en proceso de realización; y sin contar tampoco la cantidad de artículos y libros escritos en diversos lugares de Europa, Africa, Asia y América.

A medida que el tiempo pasa, en contra y a pesar de un silencio ominoso que las estructuras del poder han querido volcar sobre el mártir, la figura de Monseñor se acrecienta e invade la conciencia de los trabajadores del arte y la cultura para ser, desde allí, conciencia lúcida, cultivante y prospectiva de la realidad humana.

Es que Monseñor Romero es un personaje trágico. Sublime y hermosamente trágico.

La esencia de lo trágico es una confrontación, una derrota y una ascensión. Confrontado ante el mundo, derrotado por el mundo, el ser trágico asciende a la grandeza después de haber bajado al sufrimiento y a la muerte.

A veces el ser trágico camina contra su voluntad hacia el descenso ineluctable; a veces camina hacia el desde una voluntad en la que pugnan poderosas fuerzas interiores por alcanzarlo. Por eso el ser trágico se eleva sobre la condición humana normal: es una especie de hombre sostenido por el ideal, atribulado por el miedo, alentado por la valentía, accionado por el heroísmo y potenciado por la historia.



De algún modo, todo humano es un ser trágico por la confrontación y la derrota que frente al sufrimiento y la muerte, impone el hecho de vivir; pero hay hombres en quienes la típica condición trágica se vuelve arquetípica. Son aquellos en quienes el ideal, el miedo, la valentía y el heroísmo alcanzan intensidades máximas y consecuencias últimas; son aquellos en cuya piel individual se expresa toda la entraña de la humanidad.

Cristo es un personaje trágico. Monseñor Romero, profeta de Dios y "*alter Christus*" también lo es. Hombre de oración, hombre de Iglesia, hombre de pueblo y hombre Dios, Monseñor aparece confrontado ante la historia y ante la eternidad. Su condición trágica proviene de la respuesta y el silencio que le da la historia y de la respuesta y el silencio que le da la eternidad. De allí su fuerza inspirativa en el trabajo creador de los artistas de todas las latitudes.

Es que nada inspira tanto la creación artística como la posibilidad poética subyacente en una figura trágica. Es en ella donde un alma humana refleja sus excelsos valores; es a partir de ella

donde el alma de los demás puede cultivar los valores del bien, la verdad, la libertad y la justicia —los grandes valores de la vida, en suma— cuyo desgarramiento y defenestración están patentes, de suyo, en toda condición trágica.

Monseñor Romero ha trascendido inspirativamente los límites del suelo donde vivió, padeció y murió, porque, en las actuales circunstancias del mundo los hombres tienen necesidad profunda de modelos de vida y obra desde los cuales, por identificación o imitación, encontrar un sentido para la vida y recuperar los valores esenciales de la condición humana tan defenestrados por las circunstancias de la vida actual.

Frente a un mundo donde privan el mal, la mentira, el cautiverio y la injusticia, el arzobispo mártir se irguió con los valores contrarios. Lo hizo desde las coordenadas precisas de un país y de una época; pero, por haber abordado desde esa particularidad problemas esenciales de la vida, saltó a la universalidad, condición también patente en toda gran figura trágica.

El magisterio de Monseñor Romero se asemeja mucho al magisterio de Cristo: tres años; la muerte del arzobispo se parece mucho a la muerte del galileo: martirio; el proceso de confrontación, derrota y ascensión del carpintero de Nazareth tiene un paralelo fundamental con el proceso del carpintero de Ciudad Barrios. La resurrección del Hijo del Hombre en su Iglesia, se parece mucho con la resurrección del hijo del pueblo en su pueblo.

Cristo y Monseñor: figuras profundamente trágicas, universales. Por eso el primero inspiró toda una gran corriente del arte universal, cristiano, mientras el otro va dando origen a un arte romeriano también de carácter universal. Es dentro de este universo romeriano donde se ubica el romance de Carmen González Huguet, musicalizado por Salvador Marroquín para el coro de la Universidad Centroamericana "José Simeón Cañas":

Profeta del pecho herido,
siervo de la luz quemante,
no nos dejes, pastor nuestro,
de tu mano venerable.

No se agoste tu palabra
que como rocío cae
sobre nuestra tierra herida
que sólo florece en sangre.
No calle nunca tu boca
raíz de luz y verdades,
que a través de tanta muerte
es guía de un pueblo errante.
Pastor que fuiste cordero
y ejemplo de fe admirable,
que Dios acoja tu muerte
y la ofrenda de tu sangre
en el altar donde fuiste

sacrificio y celebrante.
Desde el cielo no abandones
al pueblo que tanto amaste
y de cuyo corazón
no podrá borrarte nadie.

Cuando en 1990 se conmemore el décimo aniversario del martirio de Monseñor Romero, el Premio Nacional UCA Editores, convocado esta vez sobre el tema romeriano, dará cuenta de cómo, a nivel continental, la creación literaria se potencia con la amada figura del pastor fenecido.

F. A. E.

